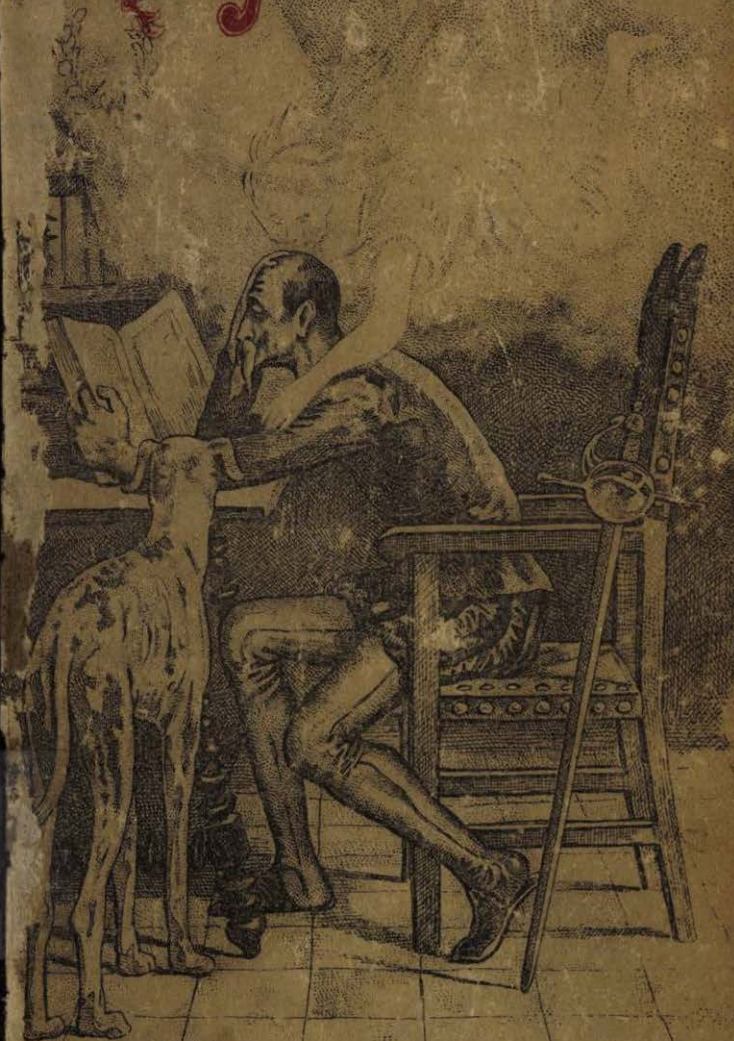


Don Quijote de la Mancha



FORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.
MADRID

Tom Quintero

PQ6323

A1

1905

CA 1954

N
Núm. Clas. _____
Núm. Autor C419a
Núm. Adq. 33212
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 69
Catalogó _____



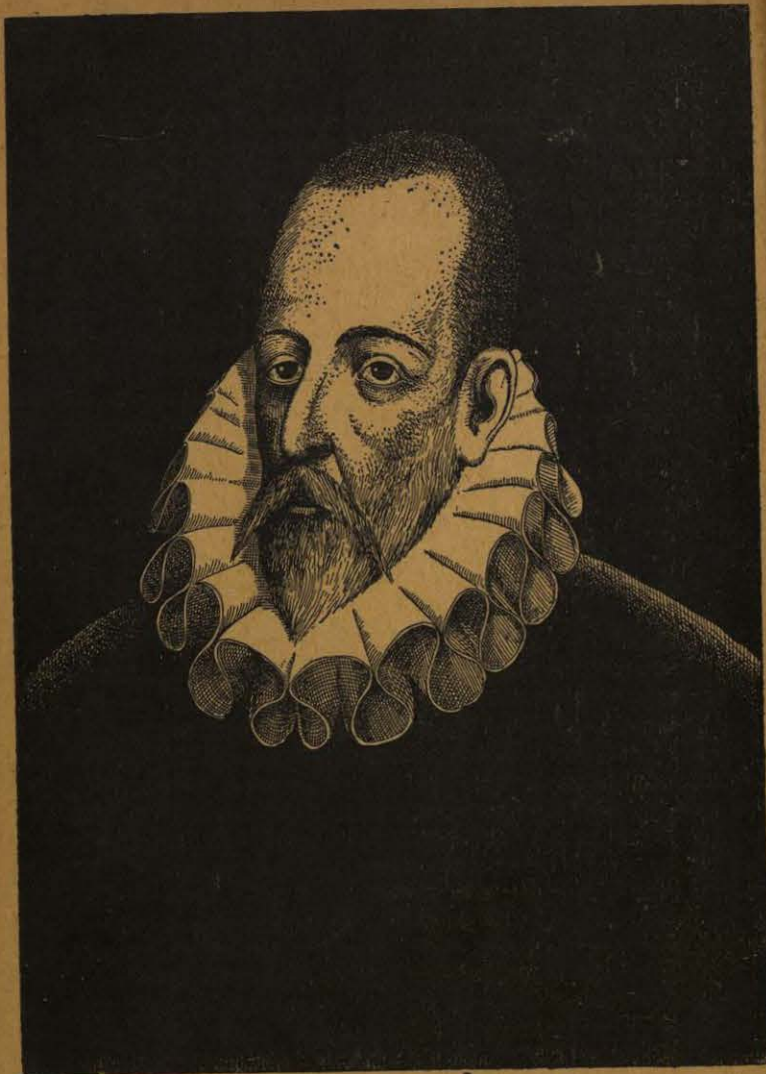
1020017809

10250
74
EL INGENIOSO HIDALGO

P
DON QUIJOTE DE LA MANCHA

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ANTONIO REYES"
Apto. 1425 MONTERREY, MEXICO

Del Quijote se han publicado ediciones en Europa y en América; las hechas fuera de España deben mirarse con recelo. Pedid siempre *EDICIÓN CALLEYA*



EL PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA
Nació en Alcalá de Henares en 1547. — Murió en Madrid en 1616.

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

COMPUESTO POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

EDICIÓN CALLEJA
PARA ESCUELAS

CON ILUSTRACIONES
DE M. ÁNGEL



ACERVO DE LITERATURA



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CONTEINER, MEXICO

115018

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.
CAJA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

33212

863
CS
PQ6323
AI
1905

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUI- XOTE DE LA MANCHA.

Compuesto por Miguel de Cervantes
Saavedra.

DIRIGIDO AL DUQUE DE BEJAR,
Marques de Gibrleon, Conde de Benalcazar, y Bañares,
Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de
las villas de Capilla, Curiel, y
Burguillos.



Año,

1605.

Con privilegio de Castilla, Aragon, y Portugal.

EN MADRID, Por Iuan de la Cuesta.

Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro señor.

91888

A LOS SEÑORES PROFESORES DE PRIMERA ENSEÑANZA

Al celebrarse el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE, surgió la idea de que este libro inmortal fuera difundido en los centros de enseñanza, para que la juventud pudiese saborear las bellezas que contiene y la deliciosa e incomparable manera en que están expresadas.

No sería fácil empresa la de hacer que los niños apreciaran desde luego el mérito de la obra de Cervantes; para profundizar en ella y darse cuenta de su honda filosofía, precisa un entendimiento cultivado y reflexivo. Mas no cabe dudar que en fuerza de leerla se educa el paladar literario, acostumbrándole a los hermosos giros del genial escritor que ha dado su nombre al idioma castellano, llamado con razón *lengua de Cervantes*.

La lectura del QUIJOTE en las Escuelas contribuirá, seguramente, a levantar en España la afición a lo clásico, y con ese propósito hacemos esta edición dedicada a los niños. Para reducirla a un tamaño adecuado, ha sido preciso cercenar de ella varios capítulos, procurando, sin embargo, respetar la ilación de las aventuras del héroe manchego, y prescindir de las novelas que, como la del *Curioso Impertinente*, no afectan al fondo de la obra. Mucho nos ha dolido poner mano en esta empresa de condensación, pues todo es tan hermoso que el ánimo se resistía a suprimir ni una sola letra; pero la necesidad y aun la conveniencia de no administrar en toda su extensión esta obra sublime, guiaron la vacilante diestra, y en gracia a la intención seguramente ha de sernos dispensado el atrevimiento. Lo que no hemos osado, considerándolo como inaudita falta de respeto, es modificar lo escrito por Cervantes. Por eso preferimos suprimir por completo algunos capítulos antes que profanar la obra inmortal. Si alguna frase de Sancho (muy pocas, por fortuna) se echara de menos, cúlpease a nuestro deseo de que ningún concepto que pueda disonar hiera los inocentes oídos de los lectorcitos a quienes esta edición va dedicada; y si por ello alguien lo apellidara herejía literaria, conste que no hacemos sino seguir el ejemplo del Ingenioso Hidalgo, que en más de una ocasión y con aquel donaire y gentileza que le eran peculiares, refrenaba el no siempre limpio decir de su gracioso escudero.

Mayo, 1905.

SATURNINO CALLEJA.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO..."
1905

A LOS NIÑOS

Para daros una ligera idea de lo que el QUIJOTE significa, os diré que los dos personajes principales, Don Quijote y Sancho, son representación acabada y completa de la vida. El uno, sublime en su locura, se sacrifica siempre por el bien ajeno, dando su débil y maltrecho cuerpo, testimonio de la bondad y grandeza de su alma. El escudero, socarrón y egoísta, no comprende el sacrificio sin la utilidad inmediata, y su amor a lo positivo le lleva hasta explotar en provecho propio la locura de su generoso amo. Todos tenemos, queridos niños, algo de Quijote y no poco de Sancho en nuestro corazón; de una parte, hay siempre en el fondo del alma estímulos nobles y levantados, que nos llevan a la defensa de los débiles, aun con riesgo propio; de otra, luchan en nuestro interior, contra tan bellos impulsos, las pasiones menudas, en que toma el cuerpo mucha más parte que el espíritu.

Cuando véis a dos compañeros pelear, y uno de ellos, más fuerte que el otro, abusa de su fuerza, seguramente os sentís impulsados a socorrer al vencido, sin reparar en que también podéis serlo vosotros. Pero estoy seguro de que aun a cambio de algún perdido coscorrón que podéis encontraros al mediar en la refriega, desearéis intervenir en ella para restablecer la paz y la justicia. Hasta aquí habréis pensado como buenos cristianos. Pero si esta noble intervención la exageráis hasta el punto de convertirlos en defensor de todos, dispuestos a recibir y dar palizas por un quitame allá esas pajas, y además dáis en la flor de creer ofendido vuestro amor propio por una insignificancia, entonces procedéis como Quijote; es decir, os convertís en vuestra propia caricatura.

Si, por el contrario, os abstenéis de mediar allí donde la caridad os reclama, pensando en que donde no hay nada que ganar puede haber algo que perder, y sólo pensáis en vuestro provecho, entonces os inclináis del lado de Sancho Panza, probablemente sin su graciosa discreción ni su rústica agudeza.

Por eso, porque ambos personajes simbolizan dos tendencias de nuestro espíritu que son y serán las mismas en todos los tiempos pasados, presentes y futuros, es inmortal el libro de Cervantes, en el cual encontraréis a cada lectura nuevas y más amables bellezas. Estudiadlo con cariño, comunicad a vuestros compañeros las impresiones que os produzca la lectura de tan admirables páginas, y cuando no entendáis algún concepto, acudid al Profesor, que éste os lo explicará y acabaréis por daros cuenta del mérito de una obra que es deleite del ánimo, solaz del espíritu, escuela del gusto literario y espejo de la humanidad, que os recreará de niños, y de mozos buscaréis.



PRÓLOGO

Desocupado lector: Sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse; pero no he podido yo contravenir al orden de naturaleza; que en ella, cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación! El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas, y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos, para que no vea sus faltas; antes las juzga por discreciones y lindezas, y las cuenta a sus amigos

por agudezas y donaires. Pero yo, que, aunque parezco padre, soy padrastro de Don Quijote, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones o disimules las faltas que en este mi hijo vieres; porque ni eres su pariente ni su amigo; y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el más pintado, y estás en tu casa, donde eres señor della, como el rey de sus alcabalas, y sabes lo que comúnmente se dice, que debajo de mi manto al rey mato (todo lo cual te exenta y hace libre de todo respeto y obligación), y así, puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calunien por el mal ni te premien por el bien que dijeres della.

Sólo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse; porque te sé decir que, aunque me costó algún trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefación que vas leyendo.

Muchas veces tomé la pluma para escribilla, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiría; y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete, y la mano en la mejilla, pensando lo que diría, entró a deshora un amigo mío, gracioso y bien entendido, el cual, viéndome tan imaginativo, me preguntó la causa; y no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que había de hacer a la historia de Don Quijote, y que me tenía de suerte, que ni quería hacerle, ni menos sacar a luz las hazañas de tan noble caballero.

—Porque ¿cómo queréis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo, cuando vea que al cabo de tantos años como ha que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora, con todos mis años a cuestras, con una leyenda seca como un esparto, ajena de invención, menguada de estilo, pobre de conceptos, y falta de toda erudición y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos, que admiran a los leyentes, y tienen a sus autores por hombres leídos, eruditos y elegantes! Pues ¿qué cuando citan la divina Escritura? No dirán sino que son unos santos Tomases y otros doctores de la Iglesia.

guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglón han pintado un enamorado distraído, y en otro hacen un sermonecico cristiano, que es un contento y un regalo oílle o leelle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo qué acotar en el margen, ni qué anotar en el fin, ni menos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del A B C, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte y en Zoilo o Zeuxis, aunque fué maldiciente el uno, y pintor el otro. También ha de carecer mi libro de sonetos al principio, a lo menos de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas o poetas celebérrimos; aunque, si yo los pidiese a dos o tres oficiales amigos, yo se que me los darían, y tales, que no les igualasen los de aquellos que tienen más nombre en nuestra España.

En fin, señor y amigo mío—proseguí—, yo determino que el señor Don Quijote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas por mi insuficiencia y pocas letras, y porque naturalmente soy poltrón y perezoso de andar buscando autores, que digan lo que me sé decir sin ellos. De aquí nace la suspensión y elevamiento en que me hallastes: bastante causa para ponerme en ella la que de mí habéis oído.

Oyendo lo cual, mi amigo, dándose una palmada en la frente y disparando con una carga de risa, me dijo:

—Por Dios, hermano, que ahora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que ha que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones; pero ahora veo que estáis tan lejos de serlo, como lo está el cielo de la tierra. ¡Cómo! ¿Que es posible que cosas de tan poco momento, y tan fáciles de remediar, puedan tener fuerzas de suspender y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho a romper y atropellar por otras dificultades mayores! A la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿Queréis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento, y veréis cómo en un abrir y cerrar de ojos confundido todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que decís que os suspenden y acobardan, para dejar de sacar a la luz del mundo la historia de vuestro famoso Don Quijote, luz y espejo de toda la caballería andante.

—Decid—le repliqué yo, oyendo lo que me decía: ¿de qué modo pensáis llenar el vacío de mi temor, y reducir a claridad el caos de mi confusión?

A lo cual él dijo:

—Lo primero en que reparáis, de los sonetos, epigramas o elogios, que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar en que vos mismo toméis algún trabajo en hacerlos; y después los podéis bautizar y poner el nombre que quisiéredes, ahijándolos al Preste-Juan de las Indias o al Emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia que fueron famosos poetas; y cuando no lo hayan sido, y hubiere algunos pedantes y bachilleres que por detrás os muerdan, y murmuren desta verdad, no se os dé dos maravedís, porque ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes.

En lo que toca al poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podéis hacer desta manera. Si nombráis algún gigante en vuestro libro, hacelde que sea el gigante Golías, y con sólo esto, que os costará casi nada, tenéis una grande anotación, pues podéis poner: *El gigante Golías o Goliat fué un filisteo, a quien el pastor David mató de una gran pedrada en el valle de Terebinto, según se cuenta en el libro de los Reyes...* en el capítulo que vos halláredes que se escribe.

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo cómo en vuestra historia se nombre el río Tajo, y veréisos luego con otra famosa anotación, poniendo: *El río Tajo fué así dicho por un rey de las Españas: tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinión que tiene las arenas de oro, etc.*

En resolución, no hay más sino que vos procuréis nombrar estos nombres, o tocar estas historias en la vuestra, que aquí he dicho, y dejadme a mí el cargo de poner las anotaciones y acotaciones; que yo os voto a tal de llenaros las márgenes, y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos ahora a la citación de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habéis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta la Z, como vos decís. Pues ese mismo abecedario pondréis vos

en vuestro libro; que, puesto que a la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teniades de aprovecharos dellos, no importa nada; y quizá alguno habrá tan simple, que crea que de todos os habéis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra; y cuando no sirva de otra cosa, por lo menos servirá aquel largo catálogo de autores a dar de improviso autoridad al libro; y más, que no habrá quien se ponga a averiguar si los seguistes o no los seguistes, no yéndole nada en ello: cuanto más que, si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le faltan, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón, ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad ni las observaciones de la astrología; ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutación de los argumentos de quien se sirve la retórica; ni tiene para qué predicar a ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningún cristiano entendimiento; sólo tiene que aprovecharse de la imitación en lo que fuere escribiendo; que cuanto ella fuere más perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira a más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para qué andéis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y período sonoro y festivo; pintando, en todo lo que alcanzáredes y fuere posible, vuestra intención, dando a entender vuestros conceptos, sin intricarlos y escurrecerlos. Procurad también que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto llevad la mira puesta a derribar la máquinu mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más; que si esto alcanzáredes, no habríades alcanzado poco.

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decía; y de tal manera se imprimieron en mí sus razones que sin ponerlas en

disputa, las aprobé por buenas, y de ellas mismas quise hacer este Prólogo, en el cual verás, lector suave, la discreción de mi amigo, la buena ventura mía en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso Don Quijote de la Mancha, de quien hay opinión, por todos los habitantes del distrito del campo de Montiel, que fué el más casto enamorado y el más valiente caballero que de muchos años a esta parte se vió en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte a conocer tan notable y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien, a mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escudriles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas. Y con esto, Dios te dé salud y a mí no me olvide. *Vale.*



EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

PARTE PRIMERA

CAPÍTULO PRIMERO

*Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo
Don Quijote de la Mancha.*

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, na ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarge antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca quo carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lan-tejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de ve-larte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entre semana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín